

La vida de una palabra

Javier Bustamante Enriquez

Febrero de 2024, Barcelona

I

Silencio

silencio en el origen:
cuando no se escucha nada,
cuando no hay nada,
cuando nada de nada de nada

pero silencio también en el recorrido,
en el tránsito, en el crecimiento,
en la transformación, en el paso,
en la evolución y en cada fase del ciclo

y silencio cuando ya no se puede más,
cuando se llega al fin,
cuando final y origen cierran el círculo de la vida,
cuando al fin se abre la puerta de un nuevo comienzo

silencio pleno
fecundo
donde un algo/alguien late,
donde habita un misterio de la misma naturaleza del big-bang

silencio génesis
que espera el chispazo para provocar incendio

y es como la flama de una vela
que, por más pequeña que sea,
destaca en la oscuridad
produce sombras, proyecta volúmenes.

II

Partículas de silencio
asiladas en el corazón
comienzan a trazar coordenadas,
a trenzarse siguiendo un determinado ritmo

fluyen buscando encarnaduras
donde liberarse a la vida,
donde revelar los misterios que el génesis
ha depositado en sus existencias
antes calladas

y avanzan por la sangre,
peregrinan buscando el lugar
donde proclamar lo que la entraña
gime, musita, canta

¡silencio... que se oye el silencio!

una brisa suave crece
tomando la estatura de un temporal

el silencio ha descubierto
el paso por donde los adentros desembocan
hasta alcanzar las afueras del cuerpo:
ese túnel por donde el aire cruza
trepando por cuerdas sonoras

entonces brota la vibración

las cuerdas vocales son
como hilos de un capullo
donde el silencio va mutando en sonido

el alma descubre el color de su voz.

III

Como atravesando un prisma
el sonido se descompone en frecuencias,
fonemas de un relato que
se acomodan para crear palabras

palabras creaturas:

si vagan sueltas: divagan,
extravían su sentido

si se enlazan, si se estrechan:
desentrañan el misterio que
las había arrojado a la vida

como la flama de la vela,
las palabras son luz que no alumbra para sí:
alumbra para que otros vean

con esta vocación
las palabras se lanzan a la atmósfera

viajan en el aliento

partículas de sonido que el aire dispersa,
polvo que busca donde depositarse
dibujando en su trayecto haces de luz.

IV

A las palabras se las lleva el viento
si no hay una playa donde recalen,
un muro donde encuentren eco,
una veleta que señale hacia dónde van

la palabra *oír* –en sus orígenes–
designaba “ladear la cabeza”

audere

este gesto de ladear
permitía captar los sonidos
para llevarlos al corazón

gesto como el de la vela de un barco,
que se ladea para retener el viento
y poder usarlo para avanzar por el océano

darle un sentido a la nave en medio de la inmensidad

audere –la palabra madre de *oír*–
también engendró otros vocablos
como audición o auditorio

así el corazón, en el cual recalca
la palabra itinerante,
ahora es el auditorio donde
puede desplegar su mensaje

la caja sonora donde retumbe
esa palabra hasta agotar su sentido,
donde encuentre eco
todo aquello que la hizo existir.

V

Un ser distinto
al que gestó la palabra
ahora hospeda los sonidos
que un día emitiera aquel corazón

el hospedero ha escuchado la palabra:
ladeando su corazón la ha hecho suya,
la ha arropado intuyendo el misterio
que originó tal itinerario

dicha palabra
–luz que no alumbra para sí–
ahora lo ilumina

traza mapas sensoriales,
descubre geografías allá donde parecía no haber nada

nuevos sentidos
para aquel que, ladeando la cabeza,
ha puesto a oír su corazón

¿y qué escucha?

que siempre hay alguien al otro lado de sí,
que en toda palabra que un corazón emite
silencioso viaja el amor.

VI

La palabra dicha,
cuando encuentra hospedaje en alguien,
se descalza de su trayecto
y se transforma en palabra escuchada

reposa ahí
hasta que halla acomodo en el silencio

habita libremente
las moradas de la nueva casa

la vida de esa palabra
encuentra su fin: el silencio

el silencio que la vio partir,
el silencio que le sale de nuevo al encuentro.